

INFANCIA

Tarde de lluvia hoy. Tiempo largo para el recuerdo: tengo cuatro años y va a llover, pero en ese momento no lo sé. La mañana es azul crudo. Parece recién hecha. Blanco, malva, crema, de los frutales florecidos. El jardín, la casa, el mundo, en orden. De la ventana enrejada del sótano llega el olor tranquilizador del guiso del día. Los gatos levantan el cuello grácil sobre sus dominios. Una bandada de pájaros abre un abanico pardo y luego lo esconde. El jardín respira como yo.

¿Yo?, digo mi nombre y me suena a raja en un espejo. El cabello rizado y muy negro, delantal a rayas verdes y sandalias cerradas sobre calcetines blancos. Estoy en cuclillas sobre el reguerillo que toma el agua del pequeño depósito y serpentea bajo los árboles en fila india. Miro el fondo de la poza, profundo y quieto el grifo herrumbroso. Me conmueve el misterio del agua mansa, detenida.

Pero me levanto y enseguida el otro misterio: el del agua que corre, rápida culebra cristalina que se va sin irse nunca. Corro tras un agua y vuelvo para correr tras otra agua. Soy feliz. Fuera y dentro son una sola cosa. Fuera no hay fieras al acecho. Dentro me aguarda la madre que casi nunca está, pero habita en los muebles de madera oscura, el terciopelo espeso de los sillones, las cortinas, las estanterías llenas de libros, las colchas y las sábanas blancas que vendrán de noche.

Soy feliz. Sólo existe ahora y ahora es cerrado, redondo, como una manzana. Mis piernas desnudas, mis manos como arañas blancas. Mi cuerpo huele igual que la tierra y las lombrices. El gato atigrado a mi lado. Mira el riachuelo que yo miro y me mira a mí. Frota su lomo caliente contra mi muslo desnudo.

Vuelvo a la poza. En el fondo algunas piedras. Bajo el agua son más puras, más redondas y brillantes. No las toco. Si metiera la mano en el agua encendida y sacara una piedra sé que se convertiría en una cosa pálida, muerta sobre la palma de mi mano.

Y entonces, de repente, llueve. El gato desaparece. Junto a mí unos zapatos enormes, hacia arriba las piernas muy largas y, arriba del todo, la cabeza pequeña y rubia de mi hermano Miguel.

Enseguida entre sus brazos de gigante, su barbilla contra mi frente. La lluvia, la piel mojada, los brazos de mi hermano, su voz dulce: ¡vamos a casa, pequeño!

Juan Sánchez-Enciso